

Autorización del analista (o el analista como traficante) - Alberto Marticorena

AUTORIZACIÓN DEL ANALISTA

(o "el analista como traficante")

"Creo que cada cual está dominado por preferencias hondamente arraigadas en su interioridad que, sin que se lo advierta, son las que influyen cuando se especula. Habiendo razones tan buenas para la desconfianza, no se puede adoptar sino una fría benevolencia hacia los resultados del propio esfuerzo conceptual."
(S. Freud, "Más allá...")

Buenas tardes. Agradezco a la EFA la invitación que me hiciera llegar para participar de esta Jornada.

Una pregunta abierta por J. Lacan es la que convoca: la de plantear la cuestión de la autorización del analista, en ruptura con los desarrollos establecidos por la institución internacional que fundara Freud, de las regulaciones ordinarias de la vida de grupo según el eje de las leyes de la competencia, sobre lo que hay sobrada literatura y experiencia. No es que la cuestión de la formación de los analistas y su habilitación profesional fuera ajena a las preocupaciones de la IPA; hay un gran número de congresos, coloquios y publicaciones que trataron del análisis didáctico, del egreso de los candidatos de los institutos, de los problemas del reconocimiento de los analistas. Pero no en el sentido de la autorización, que es un asunto nuevo. Proponerlo revela un estado de cosas e instituye uno nuevo en el que la cuestión del analista queda sin sus soportes previamente admitidos. Ese gesto abre el camino a un trabajo por realizar, trabajo del que esta misma Jornada, es un testimonio, todo lo fragmentario que se quiera, que resulta de plantear las dificultades de una práctica en cuanto al estatuto del practicante mismo. El eje, el foco, no está puesto en una pretendida ortodoxia del encuadre, ni en las consecuencias y los efectos de un análisis, ni en las formulaciones de la doctrina, ni en los reparos institucionales que pretenden asegurar el lugar del analista.

Partiré de proponer que la autorización forma parte del concepto de acto analítico, concepto que precisa lo que es propio de la operación que hace eficaz un psicoanálisis. Para sostener esa operación J. Lacan propuso una función: deseo del analista. Es un programa que anuncia explícitamente en "La dirección de la cura...": "Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista." Propuesta que, además de tomar el sentido de un programa de desarrollo, o evolución, y revolución teóricos, indica que el deseo del analista se hará principio y soporte del descubrimiento freudiano, a la vez que fundamento de su práctica.

Al analista se le reserva un saber-hacer-con: con la castración, con la falta de objeto, con un goce imposible, con un saber en fracaso, con un real que resulta desprenderse de la experiencia del saber. Versiones que corresponden con referencias (saber referencial) a distintos desarrollos de la teoría, pero que mantienen un eje: saber-hacer que difiera de aquél que resulte en nuevas formaciones sintomáticas como retornos de lo reprimido. Hay no-saber del acto del analista, acto que lo destituye de la suposición en que se hallaba propiciando el hacer analizante. Esto implica una afirmación de ex-sistencia sobre la falta, el agujero, el vacío, que sostiene la ocurrencia contingente de la acción analítica.

Un hacer que no se sostiene de, ni sostiene un saber, sino que se funda en un "pensar en". En el Sem. XIII, "El objeto del psicoanálisis", J. Lacan propone que la formación del psicoanalista trata no sólo de que haya sujetos que saben de su división, esto es de su condición deseante, sino de que sean sujetos para los que esa división sea algo "en lo que piensan", que no puedan desconocer que cuando saben como psicoanalistas están en una posición dividida. Una

distinción entre saber y pensar, en la que el saber está pronto a obturar un pensar que es causar la intervención significativa. Es un sentido de la reflexión freudiana puesta como epígrafe, la que da ocasión para un tiempo de volver a fundar.

Que analista corresponda estrictamente al nombre de la falta, conlleva que de él no haya representación, excepto que sea sintomática. Tropezamos con lo que no sería de la apariencia, lo que nos deja el recurso, o a la escritura formalizada (Discurso Analítico, Nudo Borromeo) o al rodeo poético (y sus particulares efectos de escritura).

Es por eso que analista se constituye como un lugar de máxima dificultad, en tanto que se intente hablar de él. Es lo que han tratado de resolver las sociedades analíticas, desconociendo el problema. Arista del asunto retomada por Lacan (cf. Sem. XXIII). "Es el psicoanalista, no el psicoanálisis, el que es un *sinthoma*", en tanto que responde, que se hace responsable por lo real del inconciente.

Voy a volver sobre este aforismo, ya trabajado hoy en otras presentaciones. Que "el analista no se autoriza más que de sí/él mismo" no quiere decir auto-autorizarse. Si de esto se tratara vendría mejor un "por", marcando una suerte de reflexividad. "De" es objetivo, indica procedencia, desde dónde, o quién, o qué. "Mismo" (él/sí) refiere al ser (esencia, identidad, *quididad*), que tratándose de analista no puede entenderse sino como falta-en-ser. Entonces, parafraseando y con prisa, "el analista no se autoriza más que desde su falta". La del analista no podría ser una autorización como otras, esas para las que se extiende un certificado de habilitación que posibilita el ejercicio de cualquier actividad, la que sería enseñable, con lo que podrían tomar pruebas del saber adquirido.

"Cuál sería el fin de una operación que seguramente tiene que ver, al menos al principio, con la verdad, si la palabra "ser" no fuera evocable en su horizonte. ¿Lo es para el analista? A saber aquel que es supuesto, recordémoslo, haber atravesado ese recorrido sobre los principios que supone y que son aportados por el acto del psicoanalista..."

... lo que hace el estatuto del analista es en efecto una vida que merece ser llamada vida privada, es decir el estatuto que se da es propiamente en el que mantendrá (está construido para eso) la autorización, la investidura del analista, su jerarquía, el ascenso de su gradus, de forma tal que al nivel en que, para él eso puede tener consecuencias, esta función la suya, la más escabrosa de todas que es la de ocupar el lugar de ese objeto (a), le permite conservar sin embargo estables y permanentes todas las ficciones más incompatibles con lo que resulta de su experiencia y del discurso fundamental que lo instituye como hacer." (Sem. "El acto analítico", 27-III)

Y sobre el "algunos otros", desde el trabajo de Clelia de esta mañana, lo que escuché que se podía desprender de él, me permitió volver a pensar algo que tengo escrito sólo como indicación para abrir alguna discusión: esos "otros" bien podrían ser "algunos" analizantes que hagan soporte al punto de la autorización. Creo entender, a partir de lo que se dijo en otra mesa, que el que haya analizante es condición necesaria, no suficiente, para que ocurra esa autorización.

En su "Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI" (es de los tiempos del Sem. XXIII) Lacan insiste en preguntarse por la razón específica que sostendría "el estatuto de una profesión recién llegada a la hystoria". Viene haciendo mención a la historia, a la fundación del psicoanálisis por un "solitario", y que hoy "se practica de a dos". El juego de sustituciones que hace entre *hystoria*, *hysteria* y *autorización*, permite leer que hay que diferenciar entre el analista-profesional, el que "se instala para recibir unos pesos y responder a las necesidades de quienes están a su cargo", el analista confirmado por una jerarquía, y el analista-*sinthoma*, el que trafica con la función llamada inconciente para quien "el espejismo de la verdad, del cual sólo puede esperarse la mentira (lo que cortésmente se denomina la resistencia) no tiene otro término que la satisfacción que marca el final del análisis." Quiero destacar esta referencia a la histeria, no a la psiquiátrica, sino a la

inventada por el psicoanálisis, al discurso histérico, cuando expresa que "el analista sólo se *hystoriza* de sí mismo".

Bueno, voy a interrumpir aquí, es el tiempo. Dejo para después dos referencias que son historia e *hystorización*.

En una carta fechada en Viena, 12-06-00, Freud le escribe a W. Fliess. "Por lo demás, la vida en Bellevue es muy agradable para todos... Crees que en esta casa podrá algún día leerse una placa de mármol que diga así?: *Aquí, el 24 de julio de 1895, se le reveló al Dr. Sigmund Freud el enigma de los sueños*. Por el momento parecen escasas las perspectivas de que ello ocurra."

Freud se encuentra solo, aunque cuente con otros con los que estar y a los que escribir. Solo con su causa, la que se le reveló con el análisis de los sueños. No hay, aunque fuera su anhelo y lo espere, el reconocimiento de algún Otro que lo invista. Por el contrario, le llega la condena silenciosa o la apreciación ofensiva (carta 138) como respuesta a la publicación del libro de los sueños. Pero ya ha decidido, con el "sueño de la inyección de Irma", marcar lo que allí mismo produce, la puesta en forma del enigma de la sexualidad. Se sostiene en lo que ha causado su obra, y no de lo que resulta del ponerla en circulación, de su paso problemático a la cultura.

Lacan en 1964, el 21 de junio. "Fundo – tan solo como siempre lo estuve en relación con la causa psicoanalítica – la Escuela Francesa de Psicoanálisis..." También solo, y es bien claro que no se refiere a pocos o muchos otros, amigos o adversarios, que los habrá tenido. Especifica claramente: en relación con la causa psicoanalítica. En el campo que Freud abrió se trata de restaurar "el filo cortante de la verdad"; "el filo cortante", su modo de nombrar ahí la causa.

Para acentuar el paralelismo, dos momentos privilegiados de fundación, en los que el sujeto se habrá encontrado dividido entre una verdad que lo ha alcanzado y un saber a construir, en la brecha en la que confronta con S de A-barrado, en la que no hay A que responda con su reconocimiento, y de donde "habré de advenir Yo" (si el Ich es entendido como la combinatoria signifiante). Es un lugar temporal marcado por el "casi" en la frase que profiere Lacan en el Sem. XI: "el arte de escuchar equivale casi al de bien decir".

De ese instante puntual de división a franquear es de donde se autoriza el analista. Esto no es plantear un ideal de "espléndido aislamiento". Pero de vez en cuando nos ocurre encontrarnos con la sorpresa del descubrimiento, y en ese punto nos encontramos solos. Enseguida buscamos compañía; queremos saber, escribimos, lo contamos a alguien. Por el hecho de poner en palabras se puede imaginar que se está en vías de colmar, o de suturar esa apertura, en lo que se desconoce que sólo se vuelve a recortarla en otra versión.